

Fundamentos Cronológicos de la Prehistoria de Patagonia

por O. F. A. MENGHIN

I

En la última década del mes de octubre de 1949 la Dirección del Museo Etnográfico organizó una 'Semana' de la Patagonia' en cuya oportunidad pronuncié una breve disertación. Fué mi propósito principal propiciar la renovación de los estudios prehistóricos del Sud argentino. En esa ocasión acentué que el perfeccionamiento de la investigación del cuaternario patagónico —particularmente en lo que respecta a las terrazas marinas y fluvioglaciales, así como al vulcanismo y a las turberas postglaciales— brinda al prehistoriador nuevas y grandes posibilidades, las que esperaba aprovechar en breve.

Durante los primeros trimestres de los años 1951 y 1952 pude realizar dos viajes de estudio a la Patagonia con los auspicios y el apoyo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y del Instituto Superior de Estudios Patagónicos de Comodoro Rivadavia. El éxito obtenido en mis investigaciones lo agradezco no solamente a las mencionadas instituciones, sino también a la Gobernación Militar de la Zona, a la Comandancia de Colonia Sarmiento, a la Administración de Y. P. F., a sus geólogos y a muchos particulares; a estos últimos les ruego me excusen si no los menciono en el presente artículo. Pero no puedo pasar por alto el nombre de mi amigo el doctor don Federico Escalada, médico comandante principal de la Gendarmería Nacional en Comodoro Rivadavia, cuya desinteresada colaboración, tanto científica como de organización, fué de importancia decisiva para el éxito de mis expediciones.

Los trabajos de mi primer viaje —que abarcó del 10 de enero al 6 de abril de 1951— se iniciaron en los mismos umbrales de la Patagonia, es decir, en Viedma, donde me detuve para estudiar unas colecciones particulares. La segunda estación la realicé en San Antonio Oeste, donde visité bajo la amable guía del señor Leoncio Deodat los yacimientos de la región, en especial los concheros de San Antonio Este, cuya extensión e interés científico exigen un estudio más detenido de lo que pude dedicarles entonces. A mi arribo a Comodoro Rivadavia me limité primeramente a la investigación morfológica y arqueológica de Bahía Solano, campo de estudio casi inagotable, efectuando también una excursión que duró cinco días al lago Colhué Huapi a fin de conocer los yacimientos lacustres que se hallan en sus orillas. El 9 de febrero partí para el Sud acompañado de mis colaboradores, mi esposa, el doctor Escalada y el jovencito Teodoro Winterhalder; cruzamos el río Deseado y llegamos a la estancia *Los Toldos*, donde se encuentra el Cañadón de las Cuevas, cuyas grutas con pinturas ya habían sido en parte descubiertas por J. Frenguelli y F. de Aparicio durante el año 1933¹.

Practicadas en dichas grutas excavaciones sumamente fecundas, continuamos nuestro viaje en dirección a la estancia *Alma Gaucha*, en cuyas cercanías estudiamos un interesante paradero, el que, conjuntamente con otros, ya ha sido brevemente descrito por los especialistas referidos². Tomamos después rumbo Oeste pasando la estancia *La Flora* (ahora *El Chiche*), en donde también se encuentran cuevas con pinturas; luego nos dirigimos a Bajo de Caracoles y Lago Buenos Aires. El 21 de febrero regresamos a Comodoro Rivadavia a fin de continuar las investigaciones en los alrededores de dicha ciudad, que se extendieron hasta el 5 de marzo, fecha en que inicié con mi esposa la segunda exploración, esta vez vía San Julián a Cañadón León, invitado y guiado en esta oportunidad por el señor Carlos Hoffmann, poblador de la estancia *La Rosinda*, en las cercanías de esa región. En las sierras, donde penetramos nuevamente, descubrimos los importantes paraderos de la estancia *La Generosa* (antes *La*

1. Véase mi artículo *Las pinturas rupestres de la Patagonia* en este mismo tomo.

2. APARICIO, FRANCISCO DE: *Viaje preliminar de exploración en el Territorio de Santa Cruz*; en "Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras", Serie A, III, Buenos Aires 1933-1935, págs. 71-92.

FRENGUELLI, JOAQUÍN: *Sobre dos instrumentos líticos notables de Patagonia*; en "Revista del Museo de La Plata", Nueva Serie, Sec. Antropología, tomo I, Buenos Aires 1936-1941, págs. 3-15.

Eleonora), así como las cuevas con pinturas de las estancias *La Martita* y *La Gruta*. Una permanencia más prolongada en la estancia *La Rosinda* me permitió estudiar cuidadosamente los numerosos paraderos de la región, así como las ricas colecciones propiedad del señor Hoffmann. A mi regreso a Comodoro Rivadavia continué mis investigaciones en la comarca hasta mi regreso a esta capital.

Mi segundo viaje lo inicié el 6 de enero del año 1952, aumentado esta vez el número de colaboradores por el doctor William Giles, médico de la Embajada de los Estados Unidos de América, y el señor Juan Ignacio Benito, estudiante de nuestra Facultad. En esta oportunidad consagré nuevamente mucha atención a Bahía Solano, ensanchando además el radio de mis observaciones en la zona de Comodoro Rivadavia, especialmente en dirección al Sud, donde en las cercanías de Caleta Olivia he efectuado descubrimientos que considero importantes. Estos trabajos fueron interrumpidos por dos excursiones más prolongadas. La primera a la región de Colonia Sarmiento y del Lago Musters, que abarcó del 17 al 25 de enero, logrando localizar en *Las Pulgas* una gruta con manos pintadas que es la más septentrional de la Patagonia conocida hasta la fecha. La segunda excursión fué nuevamente a la estancia *Los Toldos*, donde además de reanudar las excavaciones iniciadas el año anterior, me dediqué con particular cuidado al estudio de la región. Luego atravesamos las sierras hasta la ruta de Cañadón León —distrito de gran interés para los estudios prehistóricos— no sólo por la gran cantidad de cuevas con pinturas que allí se encuentran, sino también por la existencia de yacimientos arqueológicos de carácter completamente desconocido hasta la fecha. Después de una breve permanencia en la estancia *La Rosinda*, emprendimos el regreso de este viaje que se había prolongado del 9 de febrero al 2 de marzo. Por un lamentable desperfecto del coche en que viajábamos, nos vimos obligados a interrumpirlo prematuramente. Después de otras fructíferas recorridas por los alrededores de Comodoro Rivadavia, emprendimos el regreso a esta capital el 26 de marzo.

Las explicaciones que siguen a continuación tienen el objeto de dar al mundo científico y a los interesados, un relato preliminar de los principales resultados que he obtenido en mis dos viajes a la Patagonia, los cuales, como espero, serán solamente el prelude de una actividad mucho más intensa en este campo de investigación. Mis descubrimientos exigen —naturalmente— que se les dé a conocer mediante adecuadas documentaciones del material obtenido, condición

que, debido a los actuales costos de dibujos, fotografías e impresiones, difícilmente puede realizarse sin lentitud.

II

La estructura étnica de la Patagonia precolombina es muy clara. Existieron en esa zona tres etnias, culturas, razas y grupos lingüísticos: 1° los Indios canoeros, cazadores y recolectores inferiores, representados hoy día por los Alakaluf y los Yámana; 2° los Tehuelche, cazadores superiores, subdivididos —como lo ha demostrado el doctor Escalada³— en las tribus de los Shelknam (Ona) y Manekenk (Haush) en Tierra del Fuego; los Aónikenk y los Metcharnue en el sud del territorio continental; los Chehuachekenk en las partes centrales, y los Guénenakene en el Norte de la Patagonia, incluso el Sud de la región pampeana; 3° los Araucanos, plantadores, cuyo foco de irradiación es Chile central. Estos tres grupos corresponden racialmente a *Fuéguidos*, *Pámpidos* y *Andidos*, respectivamente, según el sistema de Imbelloni⁴.

Parece natural que los indios canoeros, los habitantes más primitivos y australes de la Patagonia, fueran los primeros en inmigrar, tal vez empujados por los cazadores superiores, antecesores de los Tehuelche. Pero hasta la fecha no es posible verificar esta conjetura tan sugestiva en base a un material arqueológico concluyente. Las investigaciones del geógrafo finés doctor V. Auer⁵ evidencian que el poblamiento de las islas al sud del Estrecho de Magallanes se remonta, a lo sumo, a los 2.500 a. de C. (*circiter*), mientras que por otro lado, los cazadores superiores —los indios pedestres— ya vivieron alrededor del 7.000 a. de C. en la región magallánica⁶. Las fechas que se alcanzaron mediante el método del carbón 14⁷ coinciden completamente con los cálculos realizados por Auer en base a la fitopaleontología de las turberas. Por consiguiente, tenemos que suponer que

3. ESCALADA, FEDERICO A.: *El complejo "Tehuelche"*. *Estudios de Etnografía Patagónica*, Buenos Aires 1949.

4. IMBELLONI, J.: *Tres capítulos sobre sistemática del hombre americano*; en "Actualidad médica peruana", vol. II, Lima 1937, págs. 99-140.

5. AUER, V.: *Verschiebungen der Wald-und Steppengebiete Feuerlands in postglazialer Zeit*; en "Acta Geográfica" 5, N° 2, Helsinki 1933, ver pág. 297.

6. AUER, V.: *Las capas volcánicas como base de la cronología postglacial de Fuegopatagonia*; en "Revista de investigaciones agrícolas", tomo III, Buenos Aires 1950, págs. 49-208

7. ARNOLD, J. R. y W. F. LIBBY: *Radiocarbon Dates*. Institute for Nuclear Studies. University of Chicago, 1950.

los antepasados de los Indios canoeros habitaron mucho tiempo junto con tribus más avanzadas en la Patagonia continental, hecho que también resulta de ciertas observaciones arqueológicas. Se ha logrado averiguar que la cultura de los más antiguos conchales de los canoeros ya muestran la influencia de los Indios pedestres. Arpones óseos con una barba, instrumento típico de los canoeros, fueron hallados en Cabo Blanco, al norte de Puerto Deseado. Como M. A. Vignati⁸ ha acentuado, son probablemente indicios de una morada de los Indios canoeros sobre la costa atlántica y posiblemente de su derrotero al Sud. Lamentablemente, hasta la fecha nada sabemos acerca de la edad de estos hallazgos. Espero tener en años venideros la oportunidad de estudiar este importantísimo yacimiento.

Otras huellas de la presencia de cazadores inferiores en la Patagonia las encontré en varios lugares. Se manifiestan en forma de industrias líticas muy rudimentarias, es decir, de carácter protolítico (o del Paleolítico inferior). Se trata casi exclusivamente de un instrumental manufacturado de lascas con o sin retoques, mientras que las hachas de mano de trabajo bifacial, bastante frecuentes en la Patagonia, siempre se vinculan con industrias más evolucionadas. Por de pronto (sin que pudiera decir más sobre esa corriente cultural) mencionaré una industria basáltica primitiva que descubrimos sobre una terraza fluvio-glacial cerca de la estancia *Goicochea*, en Colonia Sarmiento; además, el yacimiento de la estancia *Alma Gaucha* en las sierras al sud del curso medio del río Deseado⁹, taller extenso con artefactos silíceos que aparecen en distintos niveles y pertenecen a varios períodos seguramente también paleolíticos, y por último los picaderos de cuarzo de la estancia *La Generosa* (antes *Eleonora*), unos 80 Km. al este de Cañadón León. Infortunadamente esos yacimientos no ofrecen criterios decisivos para fecharlos con exactitud, ni para afirmar que sus industrias sean más antiguas o siquiera contemporáneas de las de morfología miolítica (o del Paleolítico superior), si bien es muy probable que penetraran en la Patagonia con anterioridad. Lo seguro es solamente que existieron industrias de morfología protolítica en la fase del tardío glacial y postglacial temprano de la Patagonia, es decir, alrededor de 10.000 a 7.000 años a. de C. El descubrimiento más espectacular de esta índole es la vivienda humana

8. VIGNATI, M. A.: *Instrumental óseo aborigen procedente de Cabo Blanco (Gobernación de Santa Cruz)*; en "Notas del Museo Etnográfico" N° 2, Buenos Aires, 1930.

9. Ver nota 2.

en la Cueva Eberhardt, situada en el Seno de la Última Esperanza, en territorio chileno, ya conocida desde hace más de 50 años, pero mal interpretada en su tiempo respecto a su posición cronológica y culturológica¹⁰. Hoy no puede dudarse que se trata de un yacimiento del tiempo indicado. Sus restos industriales de cuero y piedra representan en mi opinión un Epiprotolítico (o sea un Paleolítico inferior atrasado). Me parece probable que los que produjeron estas industrias hayan participado en la formación étnica de los Indios canoeros como elemento básico¹¹.

III

Nos movemos sobre un suelo más sólido, cuando entramos en el tratamiento de las culturas miolíticas de la Patagonia, o sea de la fase terminal de la última glaciación. Esa seguridad la agradecemos a los estudios preparatorios en el campo de la geología del Cuaternario patagónico (también llamado Cuartario, Glacial, Diluvio, Pleistoceno) realizados ante todo por Lutz Witte¹², W. Schiller¹³, J. Fren-

10. HAUTHAL, ROTH y LEHMANN-NITSCHKE: *El mamífero misterioso de la Patagonia "Grypotherium domesticum"*; en "Revista del Museo de La Plata", tomo IX, La Plata 1899, págs. 409-473.

LEHMANN-NITSCHKE, R.: *Nuevos objetos de industria humana encontrados en la caverna Eberhardt, en Última Esperanza*; en "Revista del Museo de La Plata", tomo XI, La Plata, 1902, págs. 55-70. La bibliografía tupida sobre este yacimiento hasta 1901 está registrada en los trabajos citados; la ulterior por VIGNATI en el trabajo citado en nota N° 8 compárese con D. HAMMERLY DUPUY: *Importancia antropológica de la Patagonia Occidental: Nuevos Hallazgos en la "Caverna Grande" de Última Esperanza*; en "Runa", tomo I, Buenos Aires 1948, págs. 258-262 y E. FERUGLIO: *Descripción geológica de la Patagonia*, tomo III, Buenos Aires 1950, páginas 207-218.

11. La Arqueología de los concheros del archipiélago fué estudiada detenidamente por el norteamericano J. BIRD, pero lamentablemente, hasta la fecha no ha publicado más que relatos preliminares sobre sus investigaciones. Los más importantes son: *Antiquity and migrations of the early inhabitants of Patagonia*; en "Geogr. Review", tomo XVIII, New York 1938, págs. 250-275. *The Archeology of Patagonia*; en "Handbook of South American Indians", volumen I (Smithsonian Inst. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143), Washington, 1946, págs. 17-24. La Arqueología de la parte argentina de Tierra del Fuego es desconocida. Disponemos de un solo trabajo de valor científico al respecto: M. A. VIGNATI: *Arqueología y Antropología de los 'conchales' fueguinos*; en "Revista del Museo de La Plata", tomo XXX, Buenos Aires 1927, págs. 79-143.

12. WITTE, L.: *Estudios geológicos de la región de San Blas (Partido de Patagones)*; en "Revista del Museo de La Plata", tomo XXIV, La Plata 1916, págs. 7-99.

13. SCHILLER, WALTHER: *Estratigrafía, tectónica y petróleo de Comodoro Rivadavia (Chubut)*; en "Anales del Museo de La Plata", tomo II, Buenos Aires 1925, páginas 11-65. *Formaciones de playa cerca de San Julián (Patagonia Austral)*; en "Revista del Museo de La Plata", tomo XXIX, Buenos Aires, 1926, págs. 413-438.

guelli¹⁴, C. C. Caldenius¹⁵, E. Feruglio¹⁶, P. Groeber¹⁷ y V. Auer¹⁸. En base a estos trabajos sabemos que la costa atlántica de la Patagonia se levanta continuamente desde el fin del Plioceno; hubo sin embargo períodos de interrupción de tal ascenso, con ingresiones marinas concomitantes. Se fueron formando de este modo terrazas costaneras, las más altas de las cuales, naturalmente, son más antiguas que las más bajas, siempre que no se hayan producido alteraciones secundarias por movimientos tectónicos regionales. Feruglio distingue seis sistemas en las terrazas marinas de la costa patagónica. El primer sistema es plioceno o sea precuaternario; el segundo, el tercero y el cuarto pertenecerían a los glaciales e interglaciales primero, segundo y tercero respectivamente. El sistema quinto, con terrazas y cordones litorales situados entre 15 y 20 metros sobre el nivel del mar, está caracterizado por una fauna de invertebrados de especies todas vivientes, pero con numerosas formas de aguas frías, hoy confinadas al distrito fueguino-magallánico. Por ende, Feruglio atribuye este sistema al último glacial. El sexto sistema se compone de terrazas y cordones litorales que se encuentran en general entre

14. FRENGUELLI, JOAQUÍN: *Apuntes sobre el cuaternario de los alrededores del Golfo Nuevo en el Chubut*; en "Gaea", tomo II, N° 2, Buenos Aires 1926, págs. 241-255. *Vestigios de una fase lacustre reciente en la cuenca de Salina Chica en Península Valdez*; en "Gaea", tomo VII, Buenos Aires, 1943, págs. 65-71.

15. CALDENIUS, C. C.: *Las glaciaciones cuaternarias en la Patagonia y Tierra del Fuego*. Dirección General de Minas y Geología, Ministerio de Agricultura de la Nación, Publ. N° 95, Buenos Aires 1932.

16. FERUGLIO, E.: *Las terrazas marinas del Golfo de San Jorge (Patagonia)*; en "Boletín Inform. Petrolíferas", tomo IX, N° 89, Buenos Aires, 1932. *I Terrazzi marini della Patagonia*; en "Giornale di Geologia", Ser. 2, bis, Bologna 1933, páginas 1-288. *Osservazioni in torno all'anfiteatro morenico del Lago Buenos Aires (Patagonia) e a un cono vulcanico su di esso inserito*; en "Boll. R. Società Geogr. Ital.", Ser. 6, tomo X, Roma 1933. *Nuevos datos sobre las terrazas marinas de Patagonia*; en Boletín Inform. Petrolíferas", tomo X, Buenos Aires 1933, págs. 87-111. *Estudios geológicos y glaciológicos en la región del Lago Argentino (Patagonia)*; en "Boletín de la Academia Nac. de Ciencias de Córdoba", tomo XXXVII, Córdoba 1947, págs. 3-255. *Descripción geológica de la Patagonia*. Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, tomo III, Buenos Aires, 1950.

17. GROEBER, P.: *Oscilaciones del clima en la Argentina desde el Plioceno*; en "Revista Centr. Est. Ciencias Naturales", tomo I, Buenos Aires 1936, págs. 71-84. *Las plataformas submarinas y su edad*; en "Ciencias e Investigación", tomo IV, Buenos Aires 1948, págs. 224-231. *Resumen preliminar de las observaciones realizadas en el viaje a la región al sur de Bahía Blanca en enero de 1947*; en "Notas del Museo de La Plata", tomo XIV, Geología N° 57, La Plata, 1949, págs. 239-265.

18. AUER, V.: *Der Torf und die Torfschichten als historische Urkunden Feuerlands und Patagoniens*; en "Geolog. Rundschau", tomo XXXII, Berlín, 1941, páginas 647-671. *Las capas volcánicas como base de la cronología postglacial de Fuego-patagonia*; en "Revista de Investigaciones Agrícolas", tomo III, Buenos Aires 1950, págs. 49-208. *Preliminary results of studies on the quaternary geology of Argentine*; en "Annales Acad. Scient. Fennicae", Ser. A, tomo III, 25, Helsinki 1951

8 y 12 metros sobre el nivel del mar y corresponden al postglacial temprano.

Con respecto a las terrazas tardío y postglaciales, que tienen importancia particular para la arqueología, vienen muy a propósito estudios recientes de V. Auer y Federico Meyer. Auer estableció que la costa patagónica está acompañada por cuatro terrazas bajas, situadas alrededor de 18, 10, 6 y 3 metros sobre el nivel del mar, respectivamente. La primera se remonta hasta el fin de la última glaciación y correspondería a Wisconsin IV o Mankato, de Estados Unidos, y a la terraza más baja del sistema quinto de Feruglio; se fecha este período entre 9.000 y 8.000 años a. de C. La formación de la terraza de 10 metros coincide con la primera transgresión marina postglacial que culminó alrededor del 5.000 a. de C., mientras que las transgresiones que dieron origen a las terrazas de 6 y 3 metros se produjeron entre 4.000 y 3.000, y alrededor de 2.000 años a. de C. respectivamente. Es claro que el hombre no pudo instalarse encima de las nuevas terrazas formadas, antes que éstas fuesen definitivamente abandonadas por las aguas. Por consiguiente, las culturas que cubren las terrazas siempre son más recientes que el auge de la transgresión correspondiente.

La serie completa de las terrazas no puede observarse en todas partes, ya sea por no haber existido en determinados puntos, ya sea por haber sido destruídas en tiempos posteriores por fuerzas erosivas. En la región de Comodoro Rivadavia vemos bien definidas las terrazas de 10 y 3 metros y menos la de 6 metros. Este estado de cosas se manifiesta particularmente en Bahía Solano, unos 35 kilómetros al norte de Comodoro Rivadavia, región importantísima desde el punto de vista prehistórico, recorrida por mí y mis colaboradores en repetidas excursiones. El doctor Federico Meyer dedicó a las terrazas de esta región un trabajo especial, aunque no publicado hasta la fecha, pero pude leer el manuscrito y además visitar los yacimientos bajo su guía. En base a su preciso análisis de estas terrazas pude hacer una observación muy importante con respecto a la cronología de los concheros de Bahía Solano y de la región de Comodoro Rivadavia en general (para la que solamente valen estas averiguaciones). Los concheros de la terraza de 3 metros se componen de una cantidad abrumadora de valvas de *Mytilus* (ante todo *Aulacomya magellanica*, más raro *M. patagonicus = chilensis*), mientras que las conchillas de *Venus* escasean. Concheros de *Venus*, en cambio, se encuentran exclusivamente sobre las terrazas más altas, muchas veces al lado de

concheros de *Mytilus*. Este hecho se explica fácilmente por otra observación. La terraza de 3 metros en muchas partes está integrada por conchillas de *Venus* (*Protothaca* = *Chione antiqua* y *Samarangia* = *Marcia exalbida*), aportadas por el oleaje del mar. La cantidad de cáscaras de *Venus* en estos depósitos marinos es tan enorme, que se las explota para la fabricación de cal. La época de la formación de la terraza de 3 metros coincide, por consiguiente, con un florecimiento extraordinario de esas especies de moluscos. El hombre de esa época aprovechó, por supuesto, tal abundancia de un alimento apreciado, asentándose encima de las terrazas más altas no expuestas a los peligros del oleaje, en primer lugar de las de 6 y 10 metros. En los lugares donde las terrazas de 18 y más metros de altura se acercan a la orilla del mar, suben hasta esos niveles los concheros de ambas especies.

IV

El complejo arqueológico que se combina con los concheros de *Mytilus* representa, indudablemente, el acervo de los Tehuelche precolombinos, por eso lo llamo *Tehuelchense*. Por lo que sabemos faltan elementos de la época colonial en estas acumulaciones. Por otro lado, el material arqueológico que ofrecen es casi idéntico al de los paraderos o picaderos del interior, aumentado solamente por determinadas formas industriales que resultan de la vida de recolectores de moluscos. La facies marina del *Tehuelchense* no es idéntica en las distintas partes de la costa patagónica, lo que indica considerables diferencias culturales dentro del complejo tehuelche. En San Antonio Este, por ejemplo, son muy frecuentes las cucharas y otros productos de una manufactura conchífera, estudiada cuidadosamente por Leoncio Deodat en una obra no publicada, mientras falta algo semejante en la región de Comodoro Rivadavia. En Punta Medanosa, al sud de Puerto Deseado, abundan las hachas de mano, como lo estableció el P. Brea, del Colegio de los Salesianos en Comodoro Rivadavia. Las características más importantes para la zona de Comodoro Rivadavia son: puntas de flecha de muy distintos tipos, a veces delicadísimas, casi siempre provistas de pedúnculos anchos; puntas de lanza con pedúnculos; grandes puntas en forma de hoja; raederas, cuchillos, agujas y perforadores muy finos; además, raspadores, generalmente de tamaño reducido (el instrumento más común en todos los residuarios del *Tehuelchense* a raíz de su necesidad para la prepa-

ración de las pieles), y lascas simples de varias clases, con o sin retoques marginales. Para la manufactura de estos instrumentos se empleaba habitualmente sílice; se elegían evidentemente con un cierto sentido estético piedras de lindo color, de manera que una colección de esos objetos ofrece un cuadro muy abigarrado. Puede observarse gran predilección para la obsidiana que, sin embargo, solamente en pequeñas piezas estuvo a disposición, mientras que la calcedonia blanca abunda en un piso determinado del Terciario local. También el basalto fué trabajado frecuentemente, pero más en ciertas zonas del interior. Entre los productos de piedras comunes (arenisca, etc.), figuran moletas y losas (*conanas*) para moler colores, raíces y tal vez semillas de plantas agrestes; percutores, piedras de boleadora y guijarros provistos de un filo primitivo para arrancar los moluscos. Relativamente raros son los instrumentos de hueso como leznas, punzones, retocadores, etc., así como vasos de alfarería. No faltan en la zona de Comodoro Rivadavia las placas grabadas, pero parece que ellas tienen su centro de difusión más al Norte, lo mismo que las hachas ceremoniales. El hacha cilíndrica, instrumento para finalidades prácticas, aparece exclusivamente en el interior, sin duda como préstamo bastante moderno de los Araucanos. En los concheros de *Mytilus* se hallan a menudo sepulturas; la deformación del cráneo parece más común en el Norte.

No cabe duda que el *Tehuelchense* se articula no sólo en muchos grupos locales —que a su vez pueden manifestarse en las dos facies continental y marina—, sino también en varias subetapas. Muy teórico, por lo pronto, sería establecer un escalonamiento tripartito: 1) el Tehuelchense precerámico, 2) el Tehuelchense cerámico primitivo, y 3) el Tehuelchense cerámico avanzado, pues es casi imposible por el momento atribuir a los tipos de esas tres fases hipotéticas valor cronológico. A la fase más reciente pertenecen los llamados *chenques*, es decir, túmulos sepulcrales de piedra erigidos en la sumidad de los cerros, que muy probablemente fueron levantados para sepultar caciques y otras personas importantes¹⁹. Su edad reciente se revela por el ajuar que contienen, el que comprende muchas veces adornos de metal. En cuanto a la cerámica, cuya intrusión señalaría el comienzo de la segunda fase, está abierto el problema de la relación genética y cronológica entre los vasos lisos y los grabados. Tal

19. VIGNATI, M. A.: *Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz*; en "Notas Preliminares del Museo de La Plata", tomo II, Buenos Aires, 1934, págs. 77-151, ver pág. 92.

vez sean distintos su origen y edad. Si la cerámica grabada llegó del Noreste, es decir, de la actual Provincia de Buenos Aires, en donde abunda, y la lisa del Oeste, donde la vemos en manos de los Araucanos, no es necesario que la última, aunque aparentemente más primitiva, sea la más antigua en la Patagonia. La escasez de cerámica en esta zona y su ausencia completa en muchos residuarios no admite duda sobre la existencia de una fase anterior precerámica; pero ¿cuáles son los otros tipos industriales que la caracterizan? La investigación de estos problemas no ha salido de la incertidumbre de toda excavación y exige mucho trabajo de campo y de gabinete. En cuanto a la edad absoluta del *Tehuelchense*, podemos decir que se remonta al menos al segundo milenio a. de C., época en que las aguas abandonaron la terraza de 3 metros. Sin embargo, considerando que el doctor Auer encontró dos delicadas puntas de flechas pedunculadas bajo un depósito volcánico de la región del Lago Mascaradi, al sud de Bariloche²⁰, que puede fecharse alrededor de 2.500 años a. de C., debemos adelantar sus comienzos hasta el tercer milenio a. de C.

La exploración de los concheros de *Venus* no ha dado resultados tan claros con respecto a los restos industriales. Su estudio se dificulta por el hecho ya subrayado que a menudo, encima de las terrazas más altas se hallan, al lado de los concheros de *Venus*, otros de *Mytilus*, de manera que el contenido de ambos se mezcló fácilmente. Pero existen concheros de *Venus* sin trastrueque posterior e incluso cubiertos a veces por una capa de arena. En cuanto pude examinar yacimientos de esta clase, observé que siempre son de mayor extensión y espesor que los concheros de *Mytilus* y que nunca contienen alfarería. Esto no puede sorprendernos. Lo que me extraña, sin embargo, es que hasta la fecha —con una excepción un poco dudosa—, en ningún conchero de *Venus* apareció punta alguna pedunculada, ni de flecha ni de lanza, a pesar de que ya había existido mucho antes al menos un tipo primitivo de punta de dardo pedunculada, como nos lo enseñaron las excavaciones en las cuevas de *Los Toldos*. Nuestro conocimiento de la industria que corresponde a los concheros de *Venus* es, evidentemente, demasiado limitado todavía. En estos concheros también abundan —de seguro— raspadores de varias clases, a veces muy pequeños, raedera^s y guijarros con filo primitivamente tallado. Parece que los elementos amigdaloides, es decir, las puntas en forma de hoja, son más frecuentes que en los concheros

20. AUER, V.: *Las capas volcánicas, etc.*, ver pág. 92

más recientes. Asimismo tuve la impresión que en cuanto a las materias primas síliceas la multiplicidad es menor. Predomina la calcedonia blanca de procedencia local. Por lo visto, los concheros de *Venus* son el producto arqueológico más antiguo relacionado con las terrazas de 6-18 metros. Si esta observación es exacta, puede concluirse que la acumulación de concheros de esta clase empezó durante la formación de la terraza de 10 metros, o sea más o menos en el sexto milenio a. de C. También la cultura de estos concheros, que llamo *Prototehuelchense*, es seguramente nada más que la facies marina de un complejo continental del cual sabemos poco; es posible que el paradero de la Aguada del Norte, entre Pico Truncado y Kolhué Kaike, que entre otras cosas nos brindó una punta peduncular arcaica faltando los tipos evolucionados, pertenece a este conjunto cultural. De manera análoga juzgo a la cultura número 3 que Bird encontró en las cuevas de Magallanes, inmediatamente debajo de los estratos con *Tehuelchense* típico. Según Bird, está caracterizado por puntas de flecha sin pedúnculo. Sin embargo, en la lámina correspondiente aparecen, también, unas puntas pedunculadas de forma arcaica. Debemos suponer, por consiguiente, que se trata de un complejo en el que se mezclaron las dos corrientes antiguas del *Solanense* y *Toldense*. Esperamos que el progreso de las investigaciones dará a luz aún muchas otras amalgamas culturales como la referida.

V

Tehuelchense y *Prototehuelchense* no son las únicas culturas que hemos descubierto sobre las terrazas marinas. En las terrazas más altas hay industrias aún más antiguas. Sobre la de 25 a 30 metros sobre el nivel del mar he podido averiguar mediante los mapas que tal altura corresponde a los restos de una terraza del rincón Noroccidental de Bahía Solano, al pie del Pan de Azúcar, situado a unos 2 kilómetros del mar. Encima de esta terraza —sobre cuyo presumible significado arqueológico el Dr. Meyer me llamó la atención— encontramos un peculiar complejo industrial. Allí faltan los concheros; el número de caparzones de moluscos que hallamos es insignificante. Los pobladores de entonces no utilizaron moluscos, sino que preferentemente vivieron de la caza y de la pesca. Las industrias líticas más interesantes que encontramos fueron puntas de flecha o de dardo con base redondeada. Hallamos también dos ejemplares de sílice y uno de basalto, este último más delgado (5, originalmente 5,3:

1,8 cm.). Estos artefactos muestran un cuidadoso trabajo bifacial. Además reunimos una hoja de calcedonia de mayor tamaño y con buen retoque bifacial, raspadores de varios tipos, especialmente gruesos y de perfil triangular, fragmentos de lascas gruesas sin retoque, percutores y núcleos. Faltaban completamente muelas y molietas. El valor de estos hallazgos aumenta por la existencia de otro yacimiento con elementos semejantes, aunque no del todo idénticos, que establecimos unos 25 Km. al sud de Caleta Olivia sobre una terraza de alrededor de 30 metros sobre el nivel del mar, inmediato a la costa. En un área muy limitada y bastante pobre de valvas, entre otras cosas de menor interés, recolectamos más de media docena de puntas con base más o menos redondeada o derecha, en parte alargadas y a veces más anchas (por ejemplo: 4,7 : 1,8; 6,3 : 3,8 cm.). La mayoría son de basalto vidrioso, una de obsidiana y otra de sílice pardo. Debo mencionar que varios de estos artefactos tienen una forma un poco asimétrica, de manera que el ápice de la curva basal está descentrado hacia un lado. Este perfil es semejante al de los cuchillos de retoque bifacial que aparecen en varias etapas de la edad de piedra patagónica. Pero nuestros objetos son en su mayoría tan cortos y delicados que sólo pueden interpretarse como puntas de un arma arrojadiza. A este conjunto industrial lo llamo *Solanense*, pero haciendo notar que la definición exacta de su carácter necesita el aporte de numeroso material análogo. Me parece muy probable que los hombres que fabricaban estas puntas que no aparecen en épocas posteriores, vivieran en las alturas de 25 a 30 metros sobre el nivel del mar, mientras se formaba la terraza de 18 metros. El curioso fenómeno de no valerse aparentemente de la alimentación ofrecida por la costa se explica tal vez por su contemporaneidad con un clima frío que dificultó la recolección de mariscos. Es necesario recordar que la terraza de 18 metros se formó durante la última fase de la glaciación Wisconsin.

Encima de las terrazas marinas cercanas a la estancia *Fratzscher* pudimos reconocer un complejo cultural aún más antiguo que el *Solanense*. De 10 a 15 Km. al norte de Caleta Olivia se abren unos pequeños cañadones en dirección al Atlántico, los que cortan una terraza que cerca del mar se eleva hasta 50 metros más o menos. Esta terraza ya fué estudiada y descrita por Feruglio. Bajo un manto de cantos rodados aparece un conglomerado con muchos fragmentos de conchas marinas que tiene una considerable extensión hacia el Norte y hacia el Sud. La opinión de Feruglio se inclina a que perte-

nece al último interglacial, aunque observa que su posición estratigráfica es muy dudosa. Tal vez sea algo más reciente, pero su altura excluye una edad tardíoglacial. Lo que nos interesa en primer lugar es el hecho que los bordes de estos cañadones y sus pequeños afluentes están cubiertos por una serie casi ininterrumpida de concheros de *Venus*, cuya antigüedad está revelada no sólo por su posición alrededor de 40-50 metros sobre el nivel del mar, sino también por el gran desgaste de las conchillas. Por el momento no es posible datarlos con precisión, pero es seguro que pertenecen por lo menos al último interstadial y aún pueden remontarse al penúltimo. La edad del último interstadial (Gotiglacial) se calcula en 14.500-9.000 a. de C.; la del penúltimo (Daniglacial), en 25.000-18.000. Entre estos límites está la edad de estos concheros (los números indicados representan las fechas máximas según las opiniones de hoy en día). Reunimos un pequeño conjunto de artefactos que son suficientes para evidenciar el carácter especial de esta cultura paleolítica, la más antigua de la Patagonia, de la que tenemos datos seguros. Los elementos industriales más importantes que encontramos son: lascas con y sin retoques marginales, una lasca delgada con retoque casi vertical en un borde cóncavo, raspadores grandes y pesados con retoque fino o grueso, instrumentos espesos con borde dentado curvo y una pequeña hoja amigdaloides con trabajo bifacial primitivo. La materia prima es exclusivamente caledonia blanca. A esta cultura la denomino *Oliviense*.

Al oeste de Bahía Solano, donde el Cañadón Visser se abre en dirección a la llanura, se ha conservado una fracción de una terraza de 50-55 metros de altura, probablemente de la misma edad de la terraza de la estancia *Fratzscher*. Encima de ella aparecen acumulaciones de *Venus* aisladas y de poco grosor, así como un material lítico más pobre, pero semejante al hallado en los yacimientos cercanos a Caleta Olivia. Se trataría de la misma cultura. En conexión con las terrazas más altas de Bahía Solano no pudimos encontrar remanente alguno de culturas que tuvieran un aspecto más antiguo que el *Oliviense*, pero sí a veces pequeños concheros de *Mytilus* (en primer lugar *Mytilus chilensis* muy abundantes ahora en la región). Me parece que corresponden al *Tehuelchense* más reciente y forman residuarios —ocasionales o habituales— de altos que los indios hicieron durante sus correrías. En uno de éstos (terrazza de 80 metros) hallamos un perforador fino, y en otro (terrazza de 75 metros) cerámica lisa.

El estudio de las terrazas marinas nos dió excelentes resultados con respecto a la cronología de la edad de la piedra patagónica. Es- pero que en el curso de las investigaciones también las terrazas flu- viales del interior nos darán resultados semejantes. Sin embargo, las cuevas tienen más importancia a este respecto. No obstante, la mayoría de las cuevas que visité hasta la fecha causaron desengaños por la escasez de sedimentos que ofrecían. Pero las cuevas de la estan- cia *Los Toldos*, situadas a unos 200 Km. al sudoeste de Comodoro Rivadavia, en medio de las sierras que se extienden al sud del río Deseado, han compensado los desengaños aludidos. En el Cañadón de las Cuevas (o Casa de Piedra como lo llaman comúnmente los po- bladores de la región) que pertenece a esta estancia, se encuentran 11 grutas, cuyos techos y paredes muestran pinturas de varias clases, en primer lugar negativos de manos rojos y negros, pero hay también motivos simbólicos u ornamentales y algunas pocas figuras de ani- males. Dos de las cuevas (2 y 3 de mi numeración) se destacan por un considerable contenido sedimentario, cuya excavación nos brindó importantes conocimientos cronológicos.

En la cueva N° 2 establecimos la siguiente seriación estratigráfi- ca de arriba hacia abajo:

- 5) Delgada capa de ceniza volcánica, 2-5 cm.
- 4) Capa cultural superior, 15 cm. (promedio).
- 3) Capa fluviátil estéril, 40 cm.
- 2) Capa cultural inferior, 30 cm. (promedio).
- 1) Capa estéril, endurecida, 70 cm. encima de la roca porfírica viva.

La capa cultural inferior contenía muchos huesos de animales de caza, rotos y quebrados en parte, y restos de comida. Prevalece el guanaco, pero también apareció un diente de caballo fósil. La indus- tria lítica descuella por su carácter avanzado. Abarca puntas de dar- do de trabajo bifacial con pedúnculo, pero sin aletas; un cuchillo largo con la misma técnica; raspadores de tamaño medio y grande de varios tipos, entre los que cabe mencionar un ejemplar grande de forma suboval. Estos artefactos están manufacturados en varias clases de sílices locales de distintos colores y a veces muy hermosos, hallándose también elementos de obsidiana. Los instrumentos de hueso son raros: encontramos solamente un punzón y fragmentos de algunas varillas, probablemente retocadores. Una sorpresa extra-

ordinaria nos la brindó el hallazgo de una bola de arenisca fragmentada y cubierta con pintura roja (es la bola más antigua de América que conocemos hasta la fecha), lo mismo que el de una muela muy bien alisada, de forma cilíndrica, instrumento para preparar el color rojo. Este hallazgo indica que las pinturas rupestres que adornan las grutas —particularmente las de color rojo— se remontan a una edad muy antigua, es decir, hasta el Miolítico final. En base a los indicios geológicos podemos fechar muy bien las capas de la cueva N° 2, pues la ceniza volcánica que cubre todo el depósito pertenece al primer ciclo de las erupciones volcánicas de la región. Según Auer, puede datarse alrededor de 6.000 años a. de C., es decir, en el postglacial más temprano, al que corresponde también la capa cultural superior vinculada con esta ceniza volcánica. La capa fluviátil situada inmediatamente abajo, la podemos datar en el llamado Finiglacial, época del regreso definitivo de los hielos, acompañada evidentemente de crecientes en los ríos, las que causaron también la inundación de la cueva. La capa cultural inferior corresponde a una época más seca, es decir, al clima ártico o subártico de la última fase glacial (Wisconsin o Mankato de Estados Unidos) que permitió la habitabilidad de la cueva (en los años 9.000 a 8.000 a. de C.). Un complejo cultural emparentado, pero más pobre, lo descubrió Bird en los estratos inferiores de las cuevas de Magallanes (Chile austral) junto con rastros de perezosos y caballos extinguidos y en íntima relación con las cenizas volcánicas de la primera erupción. En el Sud de la patagonia esta erupción es un poco más antigua que en la región del río Deseado y Auer la fecha alrededor de 7.000 a. de C. A estas industrias las llamo *Toldense* y distingo *Toldense I* (de Los Toldos) y *Toldense II* (de Magallanes).

La industria lítica de la capa cultural superior de la cueva N° 2 tiene un carácter considerablemente más primitivo que el *Toldense*, a pesar de ser más reciente. Asimismo la encontramos en la cueva N° 3 en una serie de estratos sumamente instructivos. En determinado lugar, a unos seis metros de la entrada de la cueva, establecimos el siguiente perfil, siempre considerado de arriba hacia abajo:

- 7) Polvo gris, 10 cm. (promedio).
- 6) Capa cultural III, 10 cm. (promedio).
- 5) Lentes de ceniza volcánica de pocos centímetros de espesor. (Más atrás, este estrato forma una capa de unos 15 a 20 cm. de grosor).

- 4) Capa cultural II, 80 cm. (promedio). Este estrato se compone de fogones irregularmente distribuidos. Se los pudo clasificar en tres niveles principales (IIc, IIb, IIa) separados por capas más o menos estériles.
- 3) Capa estéril, 10 cm. (promedio).
- 2) Capa cultural I, 10 cm. (promedio).
- 1) Capa estéril, 10 cm. encima de la roca porfírica viva.

No cabe duda que la capa de ceniza volcánica pertenece a la misma erupción que la de la cueva N° 2, por no existir rastros de otras erupciones en la región del Deseado. Por lo tanto, la capa cultural IIc debe corresponder a la capa cultural superior de la cueva N° 2 que se halla en la misma posición estratigráfica. La capa cultural III no es necesario que sea mucho más reciente que la IIc; los fogones de las capas IIb y IIc, en cambio, pueden ser considerablemente más antiguos, pues parece que la sedimentación en esta gruta se realizó muy lentamente faltando en ellas causas de una actividad erosiva acelerada, y por otra parte la entrada de la cueva estaba parcialmente obstruida por la aportación de materiales de afuera.

No pudimos descubrir indicios geológicos concluyentes que permitieran datar la capa cultural más baja N° 1, aunque merece mencionarse que es muy dura, de manera que no es posible excavarla mediante cuchillos como los estratos superiores, sino que hay que valerse del pico. Encontramos allí un elemento arqueológico de mucha importancia. Con gran sorpresa sacamos de esta capa una punta de obsidiana (de flecha o dardo), un poco asimétrica, subtriangular y semejante a los tipos hallados en la terraza de 25-30 metros al sud de Caleta Olivia. Tiene un buen trabajo bifacial que es completamente ajeno a la industria lítica de las capas culturales II y III de la misma cueva y de la capa cultural superior de la cueva N° 2. También aparecieron otros artefactos más o menos idénticos a los encontrados en la capa cultural inferior de la referida cueva N° 2. Ello sugiere no solamente la contemporaneidad de la capa cultural I con el *Toldense I*, sino también la identidad cultural de las dos industrias. Denomino, por lo tanto sólo como *Casapedrense* a las industrias de las capas culturales II y III de la Cueva N° 3 y de la capa superior de la cueva N° 2.

Las capas culturales IIb y c de la cueva N° 3 fueron muy fecundas en artefactos de sílice de distintas clases; de obsidiana aparecieron esquirlas. Los tipos predominantes son láminas con retoques margina-

les o sin ellos, raspadores de diferentes formas (ante todo sobre lascas, hojas-raspadores) y raspadores espesos de perfil triangular (semejantes a los raspadores aquillados), muchas veces con corte oblicuo; láminas y raspadores con escotaduras laterales (hojas estranguladas), objetos de formas curiosas. Es una industria que tiene muchas analogías con el Auriñaciense y el Magdaleniense europeos, que florecieron desde el primer interstadial hasta fines de la última glaciación. Faltan artefactos de retoque bifacial y las puntas pedunculadas que caracterizan el *Toldense*. No cabe duda que también los portadores de esta cultura hicieron pinturas en las paredes de las cuevas. La cueva N° 3 es rica en negativos de manos pero faltan las representaciones simbólicas. En la capa cultural IIb encontramos dos trozos de umbra, materia prima muy apreciada aún ahora para la fabricación de colores; hallamos, además, un vaso de color, manufacturado en el segmento cóncavo de una concreción natural en el que todavía había manchas de pintura roja.

Parece que el *Casapedrense* de la capa cultural III no se distingue mucho del anterior aunque existen ciertos indicios de que se trata de una época de decadencia que tal vez ya se insinúa en el *Casapedrense IIc*. El desarrollo más reciente de la edad de piedra patagónica durante el llamado Neolítico nos muestra claramente que el *Casapedrense* fué desterrado por el *Toldense*, que anticipa varios elementos del *Tehuelchense*. Nadie hubiese podido presumir que instrumentos tan perfectos como las puntas pedunculadas, el cuchillo, la bola y la muela del *Toldense* pudieran pertenecer a un período tan remoto que cronológicamente equivale al Magdaleniense superior de Europa. No cabe duda que en el curso de las investigaciones aparecerán industrias intermedias entre el *Toldense* y el *Tehuelchense*. Ya he mencionado que es muy posible que el picadero de la Aguada del Norte, cerca de Kolhué Kaike, y los concheros de *Venus*, representen este *Prototehuelchense*.

VII

Hay infinidad de otros problemas que plantea la prehistoria patagónica, pero lo expuesto hasta aquí nos permite arribar a varias conclusiones que dejan de ser meras hipótesis, pues constituyen las líneas fundamentales para un nuevo encuadre del más antiguo pasado patagónico, trazadas en base a un conjunto de descubrimientos científicos que arrojan insospechada luz, no sólo sobre la prehistoria de la Argentina, sino de toda América y hasta del Viejo Mundo.

1. En la Patagonia existen complejos arqueológicos de morfología protolítica, si bien el estado actual de las investigaciones no nos autoriza a compararlos cronológicamente con una fase del Paleolítico inferior del Viejo Mundo. Pero sí es casi seguro que son residuos de culturas de cazadores inferiores que durante el Miolítico tardío y el Epimiolítico temprano vivieron contemporáneamente con los cazadores superiores. Es muy grande la probabilidad que esos cazadores primitivos hayan inmigrado a América o a la misma Patagonia antes que los últimos, aun cuando el intervalo no sea tal vez muy considerable²¹. Se debe contar también con la posibilidad que el componente más antiguo de los indios canoeros tenga conexión con estos grupos, aunque no cabe duda que los actuales canoeros recibieron muchas influencias de otros pueblos, en especial de los cazadores avanzados, ya con anterioridad a su instalación en el archipiélago del extremo Sudamericano.

2. Los complejos industriales que denominé *Oliviense*, *Solanense Toldense I* y *Casapedrense* se remontan a las postrimerías de la última glaciación y representan un auténtico Miolítico (Paleolítico superior) con su acervo de cazadores superiores. La disparidad entre las culturas miolíticas comprueba que hacia la terminación del tiempo del hielo en la Patagonia ya existieron allí diferentes tribus de cazadores superiores, siendo los portadores del *Toldense* el grupo más avanzado técnicamente. Las íntimas relaciones del último con el *Tehuelchense* nos demuestra que supo superar e incorporarse en amplia medida a las demás culturas, las que, sin embargo, sobrevivieron en parte hasta tiempos epimiolíticos, o sea, hasta después de 8.000 antes de Cristo (especialmente el *Casapedrense*).

3. Las culturas miolíticas de la Patagonia tienen muchas relaciones con las de Norte América y Europa. Las analogías más importantes se refieren a las pinturas rupestres, cuyas manos pintadas y signos simbólicos se repiten en el arte cavernario de la región hispanoaquitana, así como en otras partes del mundo, incluso Norte América. Pero también con referencia a las técnicas líticas y sus productos pueden observarse paralelos importantes. La explicación más plausible de estas conexiones es la suposición de una fuente común que debe buscarse en el Asia central que, lamentablemente en lo que con-

21. CARTER, G. F.: *Man in América: A criticism of scientific thought*; en *The Scientific Monthly*", tomo LXXIII, 1951, págs. 297-307. Sustenta en base a observaciones muy convincentes que existieron culturas protolíticas en Norte América durante las etapas más tempranas de Wisconsin y hasta el último glacial.

cierno a su pasado paleolítico, es casi desconocida. Existen, sin embargo, muchos indicios indirectos favorables a la presunción que estas regiones esteparias fueron un albergue muy importante de las culturas cazadoras superiores de un tronco racial muy antiguo, el mismo que debía luego producir las dos ramificaciones de los protoeuropoides y los protoaustraloides (los Murrayanos de Birdsell), razas básicamente emparentadas según las teorías vigentes²². A esta suposición corresponde perfectamente el carácter morfológico de la raza pámpida, que combina rasgos europoides y australoides, produciendo de vez en cuando individuos que se aproximan muy cerca al primero o al segundo tipo racial.

4. La cultura prehistórica de los Tehuelche que se remonta a una edad alrededor de 2.500 años a. de C. tiene estrechas relaciones con el *Toldense* y parece que está ligada con éste por un *Prototehuelchense*, que no conocemos bastante. Desde el comienzo de nuestra era fué sufriendo cada vez más intensas influencias culturales y raciales de los vecinos occidentales (los Araucanos) y septentrionales, pero estos procesos están aún poco estudiados. Por eso el Tehuelche de la época de la Conquista ya no estuvo en posesión de la cultura originaria de su progenitor paleolítico, pero a pesar de todas las intrusiones mantuvo los rasgos esenciales de la cultura miolítica, es decir, conservó el estado cultural del cazador superior sin dedicarse al cultivo. Por ende, no es exacto llamar 'Neolítico' al *Tehuelchense* cerámico. Esta cultura es más bien un Miolítico fuertemente neolitizado, fenómeno morfológico que aparece en otras partes del mundo y puede caracterizarse por el término *Paraneolítico*. Creo que en este caso es también oportuno emplearlo.

5. De la cultura precolombina de los Araucanos sabemos muy poco por falta de investigaciones arqueológicas al respecto. Por lo tanto, no podemos decir cuándo los Araucanos tomaron posesión del Neuquén, región que sin duda les sirvió de plataforma para su avance hacia el Este, en tiempos históricos.

Ni siquiera somos capaces de distinguir claramente su influencia cultural de las aportaciones que procedieron directa o indirectamente del Noroeste argentino.

22. BIRDSSELL, J. B.: *A preliminary report on racial stratification in Australian aborigines*; en "Amer. Journal of Phys. Anthr.", vol. XXVIII, 1941. *New data on racial stratification in Australian aborigines*; en "Amer. Journal of Phys. Anthr.", N. S. 5, 1947.

6. En lo concerniente a los derroteros seguidos por los cazadores superiores patagónicos, es posible que irradiaran del Chaco, en donde aún persiste la conexión entre la raza pámpida y cultura cazadora, aunque oscurecida por mezclas posteriores. También el Uruguay fué un centro de razas y culturas de la misma índole. Las últimas se manifiestan allí arqueológicamente, mientras que el Chaco carece de material arqueológico al respecto, probablemente por falta de piedras, circunstancias que forzó a los hombres a emplear materiales perecederos. Brasil meridional es el dominio del *Altoparanense*, cultura lítica completamente distinta que se caracteriza por el hacha de mano tallada groseramente, así como clavos curvados de hechura idéntica. Parece que floreció desde fines del Micolítico, desde la última fase cuaternaria hasta la penetración de un Neolítico con hachas cilíndricas, acontecimiento que se realizó quizá alrededor de 1.000 años a. de C. El *Altoparanense* (en mi opinión, una cultura plantadora²³), absorbió tal vez a los cazadores superiores que pudieron haber existido allí con anterioridad. Hablan en favor de tal conjetura ciertos hallazgos de A. Mattos, A. Cathoud y H. V. Walter en cuevas de la región de Lagoa Santa²⁴.

¡Lástima que el estado de las investigaciones en las regiones tropicales de Sudamérica deje tanto que desear! Unas pocas excavaciones de yacimientos precerámicos, bien realizadas y repartidas sobre esta zona podrían arrojar suficiente luz sobre la prehistoria de América. Espero que mis exploraciones patagónicas, tan fecundas en resultados en relación con el corto tiempo empleado, servirán de estímulo para los especialistas de otros países sudamericanos.

23. Ver "Runa", tomo II, Buenos Aires 1949, pág. 114.

24. WALTER, H. V.: *A Pre-Historia da Região de Lagoa Santa*, Minas Gerais, Belo Horizonte, s. f.